

Cuarto Domingo de Adviento.

Lc 1, 26-38

*Al sexto mes el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David; y el nombre de la virgen era María. Y entrando el ángel en donde ella estaba, dijo: ¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres. Mas ella, cuando le vio, se turbó por sus palabras, y pensaba qué salutación sería esta. Entonces el ángel le dijo: María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios. Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin. Entonces María dijo al ángel: ¿Cómo será esto? pues no conozco varón. Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios. Y he aquí tu parienta Elisabet, ella también ha concebido hijo en su vejez; y este es el sexto mes para ella, la que llamaban estéril; porque nada hay imposible para Dios. Entonces María dijo: He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra. Y el ángel se fue de su presencia.*

Estamos ya en el cuarto y último domingo de Adviento. En él, se nos invita a reflexionar sobre el nacimiento de Jesús, la Buena Nueva para todos nosotros.

Pero hoy, se nos pide que pongamos el foco en María; en la Biblia la describen como mujer sencilla, fuerte, humilde, que se entrega a Dios con generosidad. A lo largo de la lectura de hoy hemos podido descubrir alguno de esos valores como, por ejemplo, el valor de la humildad, cuando María se sorprende ante las palabras del ángel al llamarla “Favorecida de Dios” y se pregunta qué significa aquél saludo.

Es María, su entrega, su confianza plena en Dios, quien responde pronta a la llamada a ser a Madre del Hijo de Dios.: ¡Qué Dios haga conmigo como me has dicho!

Aceptando la voluntad de Dios, es María quien nos hace el mayor regalo al aceptar a Jesús en su vientre.

Adviento es tiempo de espera; espera del latín sperare, tener ESPERANZA. Por ello, ¡tengamos esperanza en la llegada de Jesús! Esperemos y acojamos al Niño como lo hizo María entonces: con humildad, con sencillez, con fuerza, con generosidad, como espera una madre el nacimiento de su hijo; con amor desmedido y alegría infinita.